

La canoa se deslizaba rápidamente río abajo, y el doctor Galindo, que era persona de gran talento, pero no sabía hacer versos—o, al contrario, porque el *pero* acarrea lo principal en las frases: que no sabía hacer versos pero que era persona de gran talento—se sintió de sopetón inspirado, y, mirando de hito en hito las fulguraciones de la aurora, empezó a improvisar:

De rojo, de verde,
de azul y de nácar,
de rosa y jazmín...

Mas se le huyó la musa y, con el fin de atraerla de nuevo, repitió:

De rojo, de verde,
de azul y de nácar,
de rosa y jazmín...

Nada, que el demonio de la musa estaba resistida a volver a la mente de su amartelado requeridor, por lo cual el señor Pardo Rivadeneira, con voz estentórea, que despertó las ondinias del río y las náyades de la orilla y las hamadriades del bosque, terminó así la muy sudada y coloreada estrofa:

Con tantos matices,
caja de colores
tendremos al fin!